

deudas, ¿qué falta me hará nada para ser feliz? ¡Tu corazón de oro! He ahí toda mi fortuna.

Y abrazó á Lucía con efusión, como si se fundiera en amor y como si ella fundiérase en oro.

—Vamos al Bosque, ¿no es verdad?—díjole ella.

El amor la cegaba hasta tal punto que juzgaba sencillo mostrar á su amante en todas partes, ella que, hasta entonces, siempre se mostró sola para no infundir celos.

Carlos Abelle no quiso ir al Bosque.

—Ven, lobo mío,—añadió Lucía.

—No, hoy no. Sólo tengo un deseo: ir á pagar mis deudas.

¿De qué clase eran las deudas de Carlos Abelle? Eran deudas de corazón.

VIII

La señorita Treinta y seis Virtudes.

Se os ha hablado ya, en *Las Grandes Damas*, de una distinguida señorita —había sido cocinera—, apodada Treinta y seis Virtudes. Ignoro el origen de este bautismo galante. Era ella una astuta picaruela que en tiempos, cuando servía, había sisado al señor de Cupido. Nacida en Borgoña, en donde había probado la manzana bastante pronto, no abundaba en color, pero abundaba en picardía. Habiendo llegado á París á los diez y seis años, con las vagas aspiraciones de hacer fortuna á toda costa, díjose que no había oficios feos. Había encontrado —criada para todo— en casa de una muchacha

de su país que hacía el amor. Y pronto juzgó que esto era menos difícil que hacer guisos. Así es, que, como era tan linda —muy picanté, según la expresión de los poetas grotescos—, supo hacer esperar á los adoradores en ausencia de su ama, y de tal modo, que un día ésta no encontró en casa ni á su cocinera ni á su amante oficial.

Moraleja: no debe introducirse en la cocina una criada para todo.

Sabido es cómo las muchachas adquieren el talento. La señorita Carolina, apodada Treinta y seis Virtudes —no sé por qué, si no es por antítesis—, no tardó en tener mucho talento. Hallábase dotada, por otra parte, de una bella malicia natural, mamada en la leche borgoñona, ó, mejor dicho, en la vid borgoñona.

En cuanto metió la cabeza entre las jóvenes de tercer orden que encumbran las avenidas del vicio parisiense, hizo ruido con sus ocurrencias. Hablar mucho, en este mundo, es ser elocuente. Carolina no callaba nunca. ¿Cuál es la mujer que, á fuerza de remover necedades, no encuentra una frase espiritual? Es como el premio mayor de la lotería.

No obró como las nodrizas borgoñonas, que dejan un niño en el país y envían á su familia lo que ganan. Vivió al día, sin cuidarse del mañana, enloquecida por los bellos trajes y las alhajas de pacotilla. Tomaba de todas las manos, y nunca quedábale un sueldo. El hogar de la cortesana es el tonel de las danades, si se me permite tan vieja expresión.

Abelle había encontrado en una cena á la señorita Treinta y seis Virtudes. Ésta le había encantado por su empuje diabólico. Se imaginó que no era sino el capricho de una hora, mas fué una verdadera pasión. Solía él tomar una mujer... al paso... como una botella

de champán. En una hora de amor, creía que la botella estaba bebida, apartaba de ella los labios y no volvía á mirarla.

Gracias á su figura y á «su labia», había conquistado á muchas de aquellas criaturas que dan horas de su vida sin dar nada. Simple cuestión de ocio. Como se le veía desde hacía algún tiempo con Lucía, una desdñosa por excelencia, se juzgaba que era irresistible, no se gastaban ceremonias con él. Por otra parte, era un hombre sin consecuencia. A su vez, él solía decir que ellas eran mujeres sin consecuencia, y tan pronto estaba con una como con otra. Alegres entre actos en su comedia sería con Lucía.

La comedianta sabía que él hablaba á estas criaturas, mas no podía imaginarse que se entretuviera en aquellas inferioridades, siendo el amante de una mujer como ella, que había tenido una corte de príncipes.

Hay en París tres clases de cortesanas, sin contar las que se entienden con el prefecto de policía. Y hay tal vez más distancia de la cortesana altiva que dice á su lacayo: «¡A los Italianos!» ó «¡Al hotell!», á la que se pasea por el bulevar de los Capuchinos, que de la duquesa á la burguesa. Así es, que Lucía no quería inquietarse por los caprichos de su adorado. Pero olvidaba decir por qué Carlos Abelle, que tenía loca á Lucía, estaba loco por la señorita Treinta y seis Virtudes.

Ocurrió que esta joven, á la cual había querido domar cual si se hubiera tratado de un potro esquivo, le había derribado volviéndose contra él. Aquella borgoñona era indomable en su buen humor. Nunca tuvo su cuarto de hora de sentimiento. Se burlaba de todos los hombres, no comprendiendo que el amor fuese otra cosa que una carcajada. Carlos Abelle, que presumía de vencer á las mujeres, quedó al pronto sorprendido

ante aquella burla inagotable. Quiso vencer, combatió, se apasionó, quedó preso en su juego y no cogió en él á Carolina.

Por bromista que ésta fuera, vió pronto que él se había enamorado. Sintió en el primer momento algún orgullo; porque, en este mundo, no se juzga á los hombres por lo que són, sino por lo que parecen: Carlos Abelle estaba á la moda entre la gente de aquella calaña. Divertía á unas tocando al piano, divertía á otras porque solía leer antes que ellas los periodiquillos —quiero decir los grandes periódicos—. Estas encontrábanle bello porque tenía una cabeza de peluquero endominado; aquéllas le encontraban espiritual porque se burlaba de ellas.

La señorita Treinta y seis Virtudes no hacía remilgos para recibir, todos los días, los dos ó tres luises que Lucía daba á Carlos Abelle como dinero de bolsillo. Naturalmente, él hablaba de su familia. Poco á poco, después de haber estado orgullosa de aquel amor, la ex cocinera fué feliz con él. Los pequeños luises mantienen la amistad. Además, el amor crea al fin el amor. Continuaba riendo, pero le decía:

—Te amo más que á los otros.

Ser más amado que los otros era la suerte—me equivoco—el ideal de aquel hombre, que recibía con la mano derecha lo que daba con la izquierda, sin ruborizarse aquí, puesto que allá no se había ruborizado.

Un día despertóse locamente enamorado de la señorita Treinta y seis Virtudes. Medio dormido, abrazó furiosamente á Lucía; se había equivocado de rostro.

—¿Por qué no es ésta igual?—se preguntó.

Levantóse á toda prisa y corrió á casa de Carolina.

—¡Ah, cuánto te amo!—exclamó, abrazándola hasta perder el aliento.

Aquel grito fué el grito de la muerte de Lucía.

He aquí por qué Carlos Abelle tenía deudas de corazón; he aquí por qué pidió prestado sin vergüenza á su querida la rica para su querida la pobre. Desde hacía algún tiempo juzgaba que Carolina era digna de un pedestal. Vivía ésta, como todas las de su categoría, en un hotel amueblado impropio para ella y para él. Acostumbrado como estaba Abelle al gran lujo de Lucía, no iba á casa de Carolina sin que le indignara aquel mobiliario de lance, que había sido de todos y de todas.

¿Por qué Carolina, que para él era más bella que Lucía, no había de tener también sus días buenos? Había sido cocinera. Pero ¿por dónde había empezado Lucía á vivir? Lucía se había hecho cantante; mas Carolina ¿no podía ser comedianta? Citábanse ya sus frases en las cenas y en las carreras.

De los veinte mil francos de la cantante, Abelle hizo dos lotes: uno para Carolina y otro para él. Se acercaba el primero de año.

—Voy á darte una sorpresa,—dijo á la ex cocinera.

Efectivamente, el primero de enero, presentóse en su casa á las once y la dijo con solemnidad.

—Ven: quiero llevarte á tu casa.

La condujo á la calle de Berry, á un lindo piso en que había reunido muebles de todas clases.

—¡Cómo! ¡Un piano!—exclamó Carolina.

Y tocó *A la luz de la luna*, acompañándose con un puñetazo y un puntapié.

—¿Todo esto es mío?—añadió.

—Sí, querida; hasta el propietario, porque lo es un borgoñón.

—¡Pero si no puedo dar crédito á mis ojos!

Carolina se puso á bailar y á cantar, como si ante ella se hubiera abierto la puerta de la California.

—¡Oh, qué hermosa cama!—gritó de pronto.—Pero has de saber que voy á encerrarte en esa alcoba y que no volverás á casa de tu princesa hasta mañana por la mañana.

—¡Bueno!—pensó Abelle.—Ya tengo dos cárceles.

IX

La pena del talión

A las doce de la noche, el amante por partida doble era esperado ansiosamente en casa de Lucía. Había dicho que cenaría en familia, pero iría más tarde á tomar algo con su querida.

Y algo tomó, en efecto, con su querida; pero ésta no era Lucía.

A las doce y cuarto, la comedianta había revuelto veinte veces las tarjetas de felicitación de Año Nuevo, con un sentimiento de melancolía, diciéndose:

—Aun piensan en mí.

Eran todas tarjetas con escudos de armas: de príncipes, de duques, de marqueses y de condes. Apenas si los barones se atrevían á aventurarse en tan elevado lugar.

Mientras tanto, Carlos Abelle no se presentaba. ¿Qué podía detenerle en otra parte? Once horas hacía que le esperaba con la fiebre en la frente. ¿Qué podía estar haciendo?